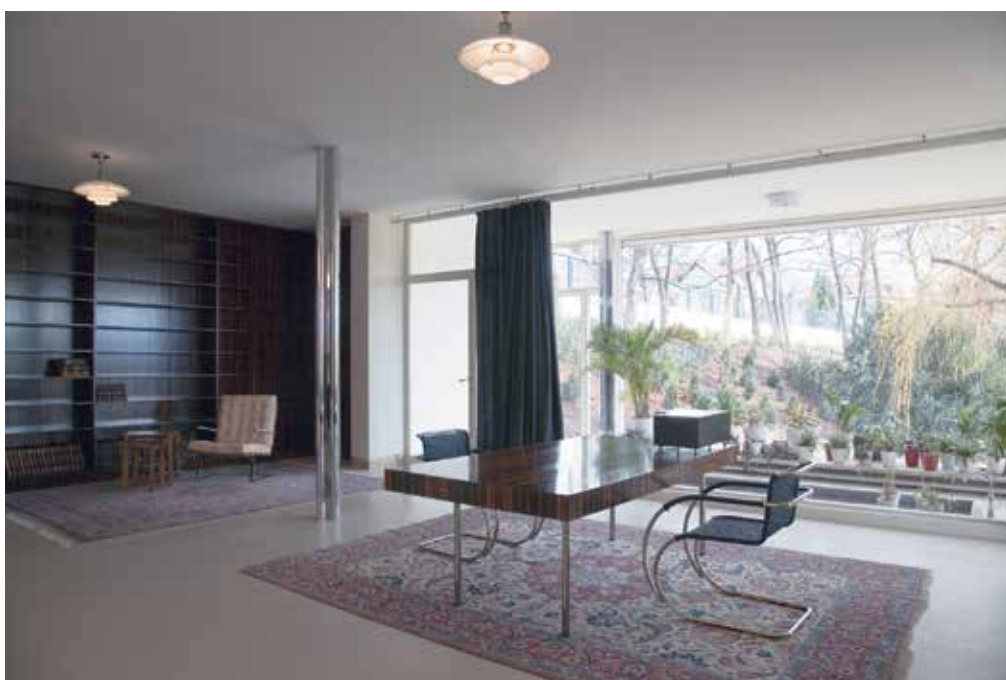




La Villa Tugendhat, una casa de cristal

Jorge Vázquez Ángeles



Fotografías: Miroslav Ambroz / isifa / Getty Images

EL 12 DE MAYO DE 1938, UN AVIÓN DE SWISSAIR despegó del aeropuerto de la ciudad checoslovaca de Brun. Entre los pasajeros que viajaban a Zúrich se encontraban Grete Tugendhat y sus hijos Hanna, Ernst y Herbert. Fritz Tugendhat, cabeza de la familia, se había quedado en Brun para resolver algunos asuntos de las empresas que poseían él y su esposa, y para organizar la mudanza de algunos muebles que serían enviados a San Galo, localidad suiza a donde la familia Tugendhat se establecería mientras las cosas en Europa se tranquilizaban. Dos meses antes de la partida, Austria había sido anexada a la Alemania nazi, y en Checoslovaquia, patria de los Tugendhat, cuatrocientos mil soldados se concentraban en la frontera para impedir una posible invasión alemana que ocurriría hacia septiembre de ese mismo año, gracias a la arteriosclerosis diplomática de Francia e

Inglaterra, y borrando del mapa, momentáneamente, al país de los checos y los eslavos.

Conforme el avión se elevaba, Grete se asomó por la ventanilla y reconoció varios edificios de su natal Brun, la segunda ciudad más importante de Checoslovaquia, donde sus antepasados se habían establecido desde el siglo XVII para dedicarse a lo que sería el negocio familiar: la industria textil. Estaba dejando atrás sus raíces, su familia, sus amigos y comenzó a llorar¹ cuando distinguió la calle de Černopolní donde se levantaba su casa, que vista desde las alturas le recordó las perspectivas y los axonométricos que Ludwig Mies van de Rohe (1886-1969) les mostrara a ella y a su esposo meses antes del inicio de las obras. En esa larga construcción de color blanco apenas vivió ocho años (ella, Fritz y Hanna se mudaron en diciembre de 1930), pero el recuerdo de su casa de cristal no la abandonaría del todo porque ¿cómo podría olvidar las columnas de acero cromado, el muro curvo del comedor, la amplia cristalera con vista al castillo de Špilberk, el muro de ónix en la estancia, y esa sensación de libertad que se acrecentaba gracias a la ausencia de muros? Los Tugendhat habían vivido dentro de una obra de arte, en una casa diseñada bajo las directrices del Movimiento Moderno. Abandonar la casa de cristal era como dejar a su suerte a un pariente indefenso.

A Ludwig Mies la década de los años veinte le sentó de maravilla. Su paternidad le permitió no morir en las trincheras durante la “Gran Guerra”, aunque debió de partir al frente en 1915. Tras establecerse definitivamente en Berlín, entra en contacto con una oleada de artistas que se instalan también en la “capital de la derrota”, como Tristán Tzara, Theo van Doesburg o el escritor Walter Benjamin. Estas influencias que tienen como banderas la abstracción y el racionalismo

¹ Aunque no es posible comprobar que Grete Tugendhat llorara al momento de mirar su casa desde el avión, el episodio es contado por Simon Mawer en *La casa de cristal*, editada por Tusquets, novela que narra los destinos de la Villa Tugendhat, aunque con otro nombre.

le permiten revolucionar su manera de pensar y sentir como arquitecto: no ejecutará más villas burguesas con techos a dos aguas, plagadas de estancias y salones. En el ambiente europeo, desde Finlandia, Francia y desde luego Alemania, se respiran aires renovadores. Figuras como Le Corbusier, Alvar Aalto o Frank Lloyd Wright impulsan cambios radicales en la arquitectura. La industrialización de esos países permite contar con nuevos materiales que permiten la construcción de casas en periodos de tiempo más cortos. Por ello, no





sorprende que Ludwig Mies presente un rascacielos de treinta pisos construido con acero y vidrio para ser levantado en el centro de Berlín. Además, en 1921, el arquitecto también cambia de nombre, haciéndolo sonar más holandés, quizá por la fuerte influencia que el país de los tulipanes ejerce sobre él, sobre todo por movimientos como *De Stijl*: Mies van der Rohe² acaba de nacer.

Aunque los clientes escasean debido a lo radical de sus propuestas, Mies recibe el encargo de diseñar el Pabellón Alemán en la Exposición Internacional de Barcelona, en 1929. A partir de ese momento, una serie de hechos afortunados le harán conocer al matrimonio Tugendhat, dos clientes estupendos, de ideas modernas, que están dispuestos no sólo a gastar una fortuna en su “pequeña” casa que debe contar con cinco dormitorios, comedor, estancia y servicios, sino a aceptar prácticamente todas las ideas del arquitecto sin chistar. Eduard Fuchs, historiador y cliente del arquitecto, presenta al matrimonio y a su futuro arquitecto. Grete, impresionada por la remodelación que acaba de hacer a la casa de Fuchs, le pregunta si le gustaría hacerles una casa en un terreno en Brun, Checoslovaquia. “Desde que lo conocimos nos quedó claro que él debería de construir nuestra casa; nos impresionó mucho su personalidad...

la manera en que habló sobre su arquitectura nos dio la sensación de estar tratando con un verdadero artista”.³

En septiembre de 1928, Mies viaja a Brun para conocer el terreno. Los Tugendhat le piden que la casa tenga vista hacia el castillo de Špilberk y que no altere el entorno, rodeado de otras casas construidas en el siglo XIX. En la víspera de año nuevo, los Tugendhat viajan al despacho de Mies en Berlín ubicado en el número 24 de la calle Am Karlsbad para conocer los planos. Lo que sería una visita para recibir el año en compañía de algunos amigos termina siendo una larga reunión con Mies, quien les explica detalladamente toda la casa. “¿Qué son esas cinco cruces?”, le pregunta Grete mientras señala la planta principal. “Son las columnas que sostendrán toda la estructura”. Son tan esbeltas que más de un albañil pondrá el grito en el cielo al considerar que la casa se puede venir abajo, pero Mies van der Rohe, siempre enfundado en un traje negro y sosteniendo un puro, no hace caso de las críticas. Dichas columnas de acero cromado se repiten en el Pabellón Alemán en Barcelona. Ambas obras maestras del siglo XX se alimentaron una a otra, en una afortunada simbiosis.

La planta libre de la gran estancia se refuerza con dos elementos: una pared curva construida con pane-

² *Vidas construidas. Biografías de arquitectos*, Anaxtu Zabalbeascoa y Javier Rodríguez Marcos, Gustavo Gili, 1999, p. 188.

³ *Mies van der Rohe. A critical biography*. Franz Schulze y Edward Windhorts. The University Chicago Press, 2012, p. 126.

les de ébano donde se coloca el comedor, una pieza compleja de carpintería de 1.4 metros de diámetro, que puede crecer hasta los 3.3 metros para acomodar a dieciocho personas. Sin embargo, el elemento más famoso, y excesivamente costoso, es una pared de ónix. Su costo, al menos en la época en que fue construida la casa, equivalía al precio total de una casa de clase media. Los ventanales que miran hacia el castillo de Špilberk se ocultan con solo apretar un botón, lo que permite que el interior se combine con el exterior, creando la sensación de un espacio que nunca se interrumpe.

La inauguración de la Villa Tugendhat significó un acontecimiento no sólo en Checoslovaquia sino en todo el mundo. Durante muchos meses se debatió en revistas y periódicos si era posible vivir en una casa como esa, donde todas las habitaciones se separaban entre sí por medio de cristales y cortinas.

En octubre de 1939, la Gestapo tomó la casa para sus actividades, y en 1942, al ser propiedad de judíos, la casa fue expropiada por la Alemania nazi. Tras el exilio en Suiza, la familia Tugendhat se trasladó a Venezuela en 1941, donde nacieron Ruth y Marie-Daniela.

Gracias al testimonio de Louis Schoberth, chofer de la familia que cuidó la casa hasta 1941, se sabe que ésta fue modificada por sus nuevos moradores quienes la consideraban una aberración que iba en contra de la verdadera arquitectura alemana. La pared curva del comedor desapareció y muchas de las grandes ventanas fueron tapiadas. Los posteriores bombardeos aliados fueron deteriorando aún más la propiedad que fue habitada por Walter Messerschmidt, director de Klöcknerwerke, empresa alemana que construía maquinaria bélica para la Luftwaffe, hasta la llegada del Ejército Rojo en abril de 1945, cuya caballería al mando del mariscal Malinovský terminó por arrasar con los pocos muebles que quedaban y despedazó el

piso de linóleo, producto de lujo en esa época, así como los pocos cristales que aún se conservaban.

Al terminar la guerra, la casa fue adaptada como escuela de Danza, y en 1950 se convirtió en un centro de rehabilitación para niños con defectos en la columna vertebral que operó hasta 1960.

Fritz Tugendhat falleció en San Galo, en 1958. Jamás volvió a ver su casa. Grete, en cambio, viajó a Brun en 1967, gracias a la invitación del arquitecto checoslovaco František Kalivoda, quien se interesó en proteger y restaurar esa obra maestra de Mies van der Rohe.

Durante la visita, Grete no pudo ocultar su tristeza al contemplar el deplorable estado de su casa, que con las modificaciones que fue sufriendo, vio alterado su espíritu original. Después de su muerte en 1970, la casa fue restaurada. Con notables esfuerzos el gobierno checo se las arregló para amueblarla con réplicas que le devolvieron parte de su importancia, hasta que en diciembre de 2001, la UNESCO la inscribió en su lista de patrimonio de la humanidad. A pesar de su destino, como afirma Juan Millán López,⁴ “ninguno de sus depredadores logró exterminar el alma de la casa, el corazón de su proyecto original: ese conjunto de decisiones tomadas desde y para los otros, esos espacios pensados y aderezados en la espera necesaria del aquí y del ahora, como una amable sorpresa de mutua y personal reciprocidad”. Quizá por ello Fritz Tugendhat pudo agradecer, en noviembre de 1931, el trabajo del arquitecto, con las siguientes palabras: “La vida de los habitantes de la casa es iluminada por este espacio desmesurado de una forma inédita, pudiendo sentirse en su interior libres hasta unos extremos nunca anteriormente experimentados; ello se lo debemos al Sr. Mies van der Rohe”. ■■■

⁴ *El regalo de los Low-Beer*, Juan Millán López: bit.ly/14zcYbF